

CASAMIENTO

Autor: César Requesens-Moll¹



Se producía lo imposible: llegaba a tiempo. Tras dos meses, con sus dudas, por fin la esperada boda. Los invitados, callados, observaban cómo el novio recorría el pasillo entre los bancos. Parecía que sí, parecía que por fin la Montse sentaría la cabeza.

Se había negado a vestir de blanco, una ironía, decía, y toda ella de salmón y encaje miraba a Pampe subir los escalones colorado, azorado, exhausto.

-Tarde, para variar... compuesta y sin novio delante de todos.

-Lo siento, cariño, es que entre el tráfico, los anillos, el traje...

Montse palmeaba el suelo con la suela del zapato, torcía el gesto, encogía la boca. Un resoplido, coger al novio por el brazo, sonrisa a papá mientras se suelta, esbozo de algo para la suegra.

Ninguno de los presentes hubiera apostado por aquella boda. La Montse, entrada ya en la indefinida edad que preludia a la mujer madura, volvía a romper todos los pronósticos. Ella era así, razón de más para que rápidamente corriera la voz de que la Montse, la feminista, la rompedora, la del PCUS y las carreras a los grises en las movidas de la facultad, iba a casarse.

-¿Quién?

1 Biografía:

César Requesens-Moll (Melilla, 1965). Escritor y periodista afincado en Granada.

Autor de novela ('Supermercado del espíritu', BMMC, 2003 -reeditada bajo el título 'Soul & heaven Marketplace. El supermercado del Espíritu', Ediciones PuraVida, 2007) y de libros investigación cultural ('Granada Secreta y subterránea', Ediciones PuraVida, 2008), sus relatos han sido incluidos en las antologías 'Cuentos del Alambre' (Traspiés, 2004) y 'Cuento vivo de Andalucía' (Universidad de Guadalajara, México, 2006).

-Si, si, la misma que tú y yo conocemos.

-No me lo puedo creer.

Lo de menos para todos era el novio. Si, Pampe. Pero bastaba con que ella sentara la cabeza. Algunos invitados hacían memoria, aburridos de ceremonia. A más de uno se le dibujaba esa sonrisilla maliciosa del que rememora placeres degustados, a solas o con ella, en un silencio de cama, templo de otros dioses. Algunas imaginaciones volaban sin coto, profanando vírgenes y cristos de este templo donde la Montse, elevada a las alturas de tres escalones junto al altar, ponía veda a tantas cacerías...Hasta nuevo aviso.

Pampe, ajustándose el corbatín, recogiendo las manos a la espalda, inquieto, trataba de encontrar una postura que hiciera llevadero ese interminable sermón: por un momento casi apoya su codo en el hombro-barra de mamá-madrina. Se contuvo. La costumbre y sus formas. Recato.

- ¿Te estarás quieto de una vez?- mirándole a los ojos.

- No estamos en el pub - seca Montse.

Contagiado por la urgencia el cura, diligente, entregaba las arras, leía un inaudible Corintios 13; Yo Montse me entrego a ti...- resonando en el aire.

Fotos, felicitaciones, palmaditas, besos, abrazos, suegras que lloran. Un leve rubor incendia el maquillaje inusual, luminoso el rostro en luz de cirios, lluvia de pétalos de rosas. Las facciones, ese gesto airado, ahora suave tras una simple bendición. Sonríe franca, contenta responde a amigos y familia: felicidad en coro de voces conocidas. Sigue andando, leve, suspendida de un brazo de repente conocido, brazo que la conduce hacia el torrente de luz de calle, cortina de amarillo y cascada de arroz. Más rostros en la escalinata, alegre repaso a su vida en esas caras que le sonríen.

Por un instante se arredra Montse: puede resbalar, los tacones le alejan del suelo firme... pero siente de nuevo el brazo, firme ahora, de Juan Pablo, su marido... le mira.

Dentro del coche “Adiós, Juan Pablo” oye como un murmullo. Besa a mamá. “hazla feliz, Juan Pablo”, extraño a ése, sí, su nombre. Él, sentado junto a Montse, la observa. Confusión que preludia a la lucidez. ¿Quién era la mujer que estaba sentada junto a él? Noctámbulo convicto y

confeso. ¿Lucidez sin noche, a pleno día, delante de todos, de ella? El recuerdo del acuerdo al que llegaron, entre copa y copa, dos meses atrás. La habían armado ¿Y ahora? ¿Qué acordaron exactamente?

Montserrat Puig de la Altacasa se gira hacia Juan Pablo. Aprieta su mano. Se arrebujaba apoyando la cabeza en la hombrera del chaqué. Su hombro, su hombre.

-Mañana te haré tortillita de patatas, cariño.

Juan Pablo Sarasate mira al frente. El volante de cuero, la estrella de tres puntas dentro del círculo, la carretera. Retrepándose en el asiento respira larga, profunda y suavemente.



ujim